

NACIDOS PARA LA JUSTICIA: LA MARCA INDELEBLE DE LOS HIJOS DE DIOS

PRUEBA 10: Sabemos que somos cristianos porque practicamos la justicia (1 Juan 2:28–29; 3:4–10)

Hacemos las cosas que se conforman al estándar de la justicia de Dios

INTRODUCCIÓN

Amados hermanos en Cristo, nos reunimos esta mañana en el nombre del Señor para continuar nuestra serie sobre las doce pruebas del verdadero creyente según la primera epístola del apóstol Juan. Hemos llegado a la **Prueba 10**, que constituye una de las más penetrantes y definitorias de toda la carta: **sabemos que somos cristianos porque practicamos la justicia**. No estamos hablando de una justicia fabricada por esfuerzo humano, sino de aquella justicia que brota naturalmente del nuevo nacimiento, como el fruto brota del árbol que ha sido plantado junto a corrientes de aguas.

El texto que examinaremos hoy abarca 1 Juan 2:28–29 y 3:4–10. Estos versículos presentan un contraste radical entre dos familias espirituales: los hijos de Dios y los hijos del diablo. La diferencia visible entre ambas familias se manifiesta en una sola cosa: la práctica de la justicia o la práctica del pecado. No hay terreno neutral. No hay zona gris. El apóstol Juan, bajo la inspiración del Espíritu Santo, nos obliga a examinarnos con seriedad.

Pregunta central: ¿Cómo pueden ustedes saber con certeza que han nacido verdaderamente de Dios? La respuesta de Juan es clara: observen la dirección habitual de sus vidas. ¿Practican ustedes la justicia o practican el pecado?

Los cinco puntos principales de esta exposición son:

- A. La confianza del creyente ante la venida de Cristo y la evidencia de la justicia (2:28–29)**
- B. La naturaleza del pecado como rebelión contra la ley de Dios (3:4–6)**
- C. La advertencia contra el engaño: la justicia práctica como prueba de identidad espiritual (3:7–8)**
- D. La simiente de Dios y la imposibilidad de vivir en pecado habitual (3:9)**
- E. Los hijos de Dios y los hijos del diablo: el veredicto final (3:10)**

Relación con la Prueba 9

En nuestra exposición anterior estudiamos la **Prueba 9** basada en 1 Juan 3:1–3: sabemos que somos cristianos porque nuestra vida está marcada por el anhelo y la búsqueda práctica de santidad personal. Allí vimos cómo la esperanza de la venida de Cristo produce un efecto purificador en la vida del creyente. El verbo griego ἁγνίζει (hagnizei, «se purifica») describe una acción continua y progresiva. Ahora, en la Prueba 10, el apóstol Juan profundiza este tema y lo lleva a su conclusión lógica: si la esperanza de ver a Cristo nos purifica, entonces esa purificación se manifiesta concretamente en la práctica de la justicia. La

santidad interior (Prueba 9) debe expresarse necesariamente en una vida de justicia visible (Prueba 10). Como enseñaba el **Pastor Bautista** C.H. Spurgeon: «La gracia que no cambia mi vida no salvará mi alma» (Metropolitan Tabernacle Pulpit, Vol. 35).

A. LA CONFIANZA DEL CREYENTE ANTE LA VENIDA DE CRISTO Y LA EVIDENCIA DE LA JUSTICIA (2:28–29)

Leamos el texto en la RVR1960:

1 Juan 2:28–29: «Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados. Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él.»

1. El llamado a permanecer en Cristo (2:28)

El versículo 28 comienza con una exhortación urgente. El vocablo griego μένετε (menete) es un imperativo presente que indica una acción continua: «sigan permaneciendo», «no dejen de morar en él». Juan utiliza el término τέκνια (teknia, «hijitos»), un diminutivo afectuoso que revela el corazón pastoral del apóstol anciano hacia sus lectores. La permanencia en Cristo no es opcional; es la condición necesaria para presentarse confiados ante él en su venida. La palabra παρρησίαν (parrhesian, «confianza», «libertad para hablar») describe la actitud opuesta a la vergüenza. Quien permanece en Cristo puede levantar la cabeza ante su tribunal; quien no ha permanecido se alejará avergonzado.

El **Teólogo bautista** John Gill comentó sobre este pasaje: «Permanecer en Cristo es mantener la fe en él, vivir sobre él, derivar toda gracia y fortaleza de él, y caminar como él caminó» (Exposition of the Entire Bible, 1 John 2:28).

Referencia cruzada: Colosenses 1:22–23: «Para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él; si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído.»

2. La justicia como evidencia del nuevo nacimiento (2:29)

Aquí llegamos a una declaración fundamental. Juan emplea dos verbos de conocimiento diferentes en el texto griego. El primer «sabéis» traduce εἰδῆτε (eidete), que se refiere a un conocimiento intuitivo y establecido. El segundo «sabad» traduce γινώσκετε (ginoskete), que indica un conocimiento experiencial y progresivo. Es decir: «Si ustedes conocen intuitivamente que él es justo, reconozcan por experiencia que todo el que practica la justicia ha nacido de él.»

La expresión «es nacido de él» traduce el griego γεγέννηται (gegennētai), un perfecto pasivo indicativo del verbo γεννώ (gennaō, «engendrar»). El tiempo perfecto indica un estado permanente que resulta de una acción pasada: «ha sido engendrado y permanece engendrado». La voz pasiva subraya que el nuevo nacimiento es obra de Dios, no del hombre. La práctica de la justicia no produce el nuevo nacimiento; es su evidencia.

El **Profesor del seminario bautista y erudito de idioma griego** A.T. Robertson observó: «El tiempo perfecto γεγέννηται expresa el estado permanente del que ha nacido de Dios. La justicia es la marca de familia» (Word Pictures in the New Testament, Vol. 6, 1 John 2:29).

El **Pastor Bautista** Andrew Fuller enseñó: «Donde hay verdadera fe, habrá verdaderos frutos. La fe sin obras está muerta, y las obras sin fe son vanas. Pero cuando Dios regenera un alma, la justicia práctica brotará tan ciertamente como el agua fluye de un manantial vivo» (The Gospel Worthy of All Acceptation, 1785, Cap. 6).

Referencia cruzada: Juan 3:3–6: «Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios... El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede

entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.»

Referencia cruzada: Santiago 2:17–18: «Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma. Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras.»

Pregunta de transición: Si la justicia es la marca de familia de los hijos de Dios, entonces ¿qué dice el apóstol sobre aquellos que practican lo opuesto?

B. LA NATURALEZA DEL PECADO COMO REBELIÓN CONTRA LA LEY DE DIOS (3:4–6)

1 Juan 3:4–6: «Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley. Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido.»

1. El pecado definido: infracción de la ley (3:4)

Juan comienza esta sección con una definición precisa del pecado. El texto griego dice: Πας ὁ ποιῶν τὴν ἁμαρτίαν καὶ τὴν ἀνομίαν ποιεῖ, καὶ ἡ ἁμαρτία ἐστὶν ἡ ἀνομία («Todo el que practica el pecado también practica la iniquidad, y el pecado es la iniquidad»). El participio presente ποιῶν (poiōn, «el que hace», «el que practica») no describe un acto aislado, sino un patrón habitual de conducta. La palabra ἀνομία (anomia) significa literalmente «sin ley», «ilegalidad», y denota una actitud de rebelión consciente contra la autoridad legislativa de Dios.

(a) El pecado no es simplemente «errar el blanco» (ἁμαρτία, hamartia) en un sentido pasivo; es una afrenta directa contra la majestad y soberanía del Dios santo. Juan identifica pecado e iniquidad como sinónimos: ἡ ἁμαρτία ἐστὶν ἡ ἀνομία. Esta identificación refutaba a los falsos maestros gnósticos que separaban los pecados de la carne de los pecados del espíritu, considerando los primeros como insignificantes.

(b) El **Pastor Bautista** John Bunyan escribió con penetrante claridad en *El Progreso del Peregrino* (1678): «El pecado y el alma son compañeros de cama; por lo tanto, el alma que no se separa del pecado demuestra que nunca ha sido separada por Dios para sí mismo.» Y en *Grace Abounding to the Chief of Sinners* (1666), Bunyan recordó su propia lucha: «El pecado era la cosa más amarga que jamás encontré; pero cuando lo vi a la luz de la ley de Dios, fue como veneno para mi alma.»

Referencia cruzada: Romanos 3:20: «Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado.»

2. Cristo apareció para quitar los pecados (3:5)

El versículo 5 presenta el antídoto divino contra el pecado. El verbo ἐφανερώθη (ephanerōthē, «fue manifestado») es un aoristo pasivo que señala al evento histórico de la encarnación. Cristo fue manifestado con un propósito específico: ἵνα τὰς ἁμαρτίας ἄρῃ («para quitar los pecados»). El verbo αἶρω (airō) significa «levantar», «llevar sobre sí», «quitar». Es el mismo verbo que Juan el Bautista empleó al señalar a Jesús: «¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!» (Juan 1:29).

(a) Cristo no vino solo a perdonar pecados, sino a quitarlos — a romper su dominio, su poder, y eventualmente su misma presencia en la vida del creyente. La añadidura «y no hay pecado en él» (καὶ ἁμαρτία ἐν αὐτῷ οὐκ ἔστιν) subraya la impecabilidad absoluta de Cristo, lo que lo califica como el único sacrificio aceptable ante Dios.

(b) El **Pastor Bautista** C.H. Spurgeon predicó: «Si Cristo murió para destruir el pecado, ¿cómo pueden los que son de Cristo vivir en él? La misma cruz que nos libera del castigo del pecado nos libera también de su esclavitud» (Metropolitan Tabernacle Pulpit, Sermón No. 1857, «The Lamb of God in Scripture»).

Referencia cruzada: Hebreos 9:26: «Pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado.»

3. La incompatibilidad entre permanecer en Cristo y practicar el pecado (3:6)

El versículo 6 establece un principio absoluto usando dos participios presentes: μένων (menōn, «el que permanece») y ἁμαρτάνων (hamartanōn, «el que peca»). El uso del tiempo presente indica acción continua y habitual. Juan no enseña que el creyente nunca comete un acto de pecado — esto lo aclaró en 1 Juan 2:1: «Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo» — sino que el creyente no vive en un estado de pecado continuo como patrón dominante de su vida.

(a) El **Pastor Bautista y teólogo reformado** Albert N. Martin (1934–2022) explicó con gran precisión pastoral: «Hay una diferencia abismal entre un hombre que cae en el barro y un cerdo que se revuelca en él. El cristiano puede caer en pecado, pero no puede vivir cómodo en el pecado. Su nueva naturaleza lo impulsa a levantarse, arrepentirse y buscar la limpieza de la sangre de Cristo.»

(b) La **Segunda Confesión Bautista de Londres de 1689**, Capítulo 13, párrafo 2, expresa esta verdad con equilibrio teológico: «Esta santificación se extiende a lo largo del hombre entero, si bien es imperfecta en esta vida; quedan todavía algunos restos de corrupción en cada parte, de donde surge una continua e irreconciliable guerra; la carne luchando contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne.»

Pregunta de transición: Si Cristo apareció para quitar los pecados, y si permanecer en él es incompatible con practicar el pecado, entonces ¿cómo debemos discernir entre los verdaderos y los falsos profesantes de la fe?

C. LA ADVERTENCIA CONTRA EL ENGAÑO: LA JUSTICIA PRÁCTICA COMO PRUEBA DE IDENTIDAD ESPIRITUAL (3:7–8)

1 Juan 3:7–8: «Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.»

1. El único imperativo directo del pasaje: «Nadie os engañe» (3:7a)

Es significativo que en todo este pasaje (3:4–10) solo existe un imperativo directo: μηδεις πλανάτω ὑμᾶς (mēdeis planatō hymas, «nadie os engañe»). El verbo πλανᾶω (planaō) significa «desviar», «hacer errar», «seducir». Los falsos maestros de la época de Juan — proto-gnósticos que separaban la doctrina de la práctica — enseñaban que era posible tener una relación especial con Dios sin que esto se manifestara en una vida justa. Juan denuncia esta enseñanza como engaño diabólico.

(a) Esta advertencia es tremendamente relevante en nuestro contexto latinoamericano, donde la teología de la prosperidad y el evangelio fácil enseñan que se puede «aceptar a Cristo» sin que ello produzca ningún cambio moral visible. Como el **Pastor Bautista** Paul David Washer ha advertido repetidamente: «Una de las mayores tragedias del cristianismo moderno es que multitudes de personas creen que están en camino al cielo mientras viven como el diablo. Una decisión sin transformación no es conversión; es engaño.»

(b) El **Pastor Bautista reformado** Walter Chantry escribió en *Today's Gospel: Authentic or Synthetic?* (1970): «No hay evangelio verdadero que no incluya el llamado al arrepentimiento y a una vida de obediencia. Un evangelio que separa la fe de las obras no es el evangelio de Cristo, sino una invención humana.»

2. La justicia práctica como prueba de ser justo (3:7b)

La declaración ὁ ποιῶν τὴν δικαιοσύνην δίκαιός ἐστιν (ho poiōn tēn dikaiosynēn dikaios estin, «el que practica la justicia es justo») refuta categóricamente cualquier pretensión de ser justo sin practicar la justicia. Observen la estructura: la práctica (ποιῶν) precede a la declaración de identidad (δίκαιός ἐστιν). No es que la práctica nos hace justos — somos justificados por la fe sola — sino que la práctica demuestra que somos justos.

(a) El estándar es claro: καθὼς ἐκεῖνος δίκαιός ἐστιν («como él es justo»). Cristo es nuestro modelo. No se nos pide la perfección absoluta en esta vida, pero sí la dirección habitual de nuestras vidas hacia la justicia de Cristo.

(b) El **Teólogo bautista** John Dagg enseñó con sabiduría: «Dios no tiene hijos destituidos de su imagen. Todo aquel que ha nacido de Dios lleva el parecido de familia, y ese parecido se manifiesta en el amor a la justicia y el aborrecimiento del pecado» (Manual of Theology, 1857, p. 277).

Referencia cruzada: Efesios 2:8–10: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.»

3. El que practica el pecado es del diablo (3:8a)

La contraparte es igualmente clara y solemne: ὁ ποιῶν τὴν ἁμαρτίαν ἐκ τοῦ διαβόλου ἐστίν («el que practica el pecado es del diablo»). La expresión ἐκ τοῦ διαβόλου («del diablo») indica origen y pertenencia. Agustín de Hipona comentó sabiamente: «El diablo no creó a nadie, no engendró a nadie, no formó a nadie; pero todo aquel que imita al diablo se convierte en hijo del diablo, como si fuera engendrado por él.» La frase ὅτι ἀπ' ἀρχῆς ὁ διάβολος ἁμαρτάνει («porque el diablo peca desde el principio») indica que Satanás ha sido pecador habitual desde el momento de su rebelión original contra Dios.

Referencia cruzada: Juan 8:44: «Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él.»

4. Cristo apareció para deshacer las obras del diablo (3:8b)

La segunda razón por la cual Cristo fue manifestado se expresa con el verbo λύση (lysē, «desatar», «destrozar», «deshacer»). Es un aoristo subjuntivo que indica propósito definido. La obra de Cristo no es meramente defensiva; es ofensiva y destructiva contra el reino de Satanás. «Las obras del diablo» (τὰ ἔργα τοῦ διαβόλου) incluyen toda forma de pecado, engaño, muerte espiritual y esclavitud moral.

(a) El **Pastor y teólogo** D. Martyn Lloyd-Jones predicó: «Cristo no vino simplemente a hacer posible nuestra salvación; vino a efectuarla. No vino a ofrecer una oportunidad; vino a deshacer las obras del diablo y a liberar a su pueblo del dominio del pecado» (Studies in 1 John, Capítulo 3).

(b) Spurgeon exclamó: «Si Cristo murió para destruir el pecado, ¿pensamos nosotros que podemos convivir pacíficamente con aquello que le costó la vida al Hijo de Dios?» (Metropolitan Tabernacle Pulpit, Sermón No. 2438).

Referencia cruzada: Hebreos 2:14–15: «Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre.»

Pregunta de transición: Si Cristo vino a destruir las obras del diablo, ¿qué sucede en el interior de aquellos que verdaderamente han nacido de nuevo? ¿Cómo opera la simiente divina en sus vidas?

D. LA SIMIENTE DE DIOS Y LA IMPOSIBILIDAD DE VIVIR EN PECADO HABITUAL (3:9)

1 Juan 3:9: «Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios.»

1. La realidad del nuevo nacimiento impide la práctica del pecado (3:9a)

El texto griego es enfático: Πᾶς ὁ γεγεννημένος ἐκ τοῦ θεοῦ ἁμαρτίαν οὐ ποιεῖ (Pas ho gegennēmenos ek tou theou hamartian ou poiei). El participio perfecto pasivo γεγεννημένος (gegennēmenos, «el que ha sido engendrado») indica un estado permanente producido por Dios. El verbo ποιεῖ (poiei, «hace», «practica») está en presente indicativo, indicando acción habitual y continua. Combinados, la declaración es: «El que ha sido engendrado por Dios no practica el pecado de manera habitual.»

(a) Es crucial mantener este equilibrio exegético. Juan no enseña perfeccionismo — la idea de que el creyente puede alcanzar la impecabilidad en esta vida. Él mismo ya lo descartó en 1 Juan 1:8–10: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.» Lo que Juan enseña es que la dirección dominante de la vida del nacido de nuevo es hacia la justicia, no hacia el pecado.

(b) John Stott observó con precisión: «No es el acto aislado de pecado lo que Juan tiene en vista, sino el hábito establecido del pecado, indicado por el verbo ποιεῖν, hacer o practicar» (The Letters of John, Tyndale Commentary, p. 126).

2. La simiente de Dios permanece en el creyente (3:9b)

La razón teológica de esta imposibilidad es profunda: σπέρμα αὐτοῦ ἐν αὐτῷ μένει («su simiente permanece en él»). La palabra σπέρμα (sperma) significa «semilla», «simiente», y aquí se refiere al principio de vida divina implantado en el creyente en el momento de la regeneración. Esta simiente puede entenderse como la Palabra de Dios (cf. 1 Pedro 1:23: «Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre»), o como el Espíritu Santo que mora en el creyente, o como la nueva naturaleza en su totalidad. En cualquier caso, esta simiente divina es permanente (μένει, presente indicativo: «permanece continuamente») y produce un efecto transformador irreversible.

(a) El **Pastor Bautista** C.H. Spurgeon explicó: «Principios inmortales prohíben al hijo de Dios pecar. La vida nacida de nuevo dentro de nosotros nos guarda santos. No es que el cristiano nunca peca, sino que no puede vivir en pecado como el tenor y la dirección de su vida» (Commentary on 1 John 3:9).

(b) La **Segunda Confesión Bautista de Londres de 1689**, Capítulo 13, párrafo 1, confirma: «Los que están unidos a Cristo, eficazmente llamados y regenerados, teniendo un nuevo corazón y un nuevo espíritu creados en ellos por la virtud de la muerte y resurrección de Cristo, son también santificados más y más, real y personalmente, por la misma virtud, por su Palabra y Espíritu morando en ellos; el dominio del cuerpo entero de pecado es destruido, y las diversas concupiscencias del mismo son más y más debilitadas y mortificadas, y ellos más y más vivificados

y fortalecidos en todas las gracias salvadoras, para la práctica de toda verdadera santidad, sin la cual nadie verá al Señor.»

3. «No puede pecar»: el significado de esta declaración audaz (3:9c)

La expresión οὐ δύναται ἁμαρτάνειν (ou dynatai hamartanein, «no puede pecar») es una de las declaraciones más audaces de toda la Escritura. El infinitivo ἁμαρτάνειν es un infinitivo presente, no aoristo. Si Juan hubiera usado el aoristo (ἁμαρτεῖν), estaría diciendo que el creyente no puede cometer ningún acto de pecado, lo cual contradiría 1 Juan 2:1. Pero el presente indica que el creyente no puede seguir viviendo en pecado como patrón dominante y habitual de su vida.

(a) El **Profesor del seminario bautista** James Petigru Boyce explicó este punto teológico: «La regeneración implanta un principio de vida que es antagónico al pecado. La nueva naturaleza no puede hacer las paces con el pecado, así como la luz no puede hacer las paces con las tinieblas» (Abstract of Systematic Theology, 1887, Cap. 37).

(b) D. Martyn Lloyd-Jones ilustró: «Un pez puede caer en tierra seca, pero lucha desesperadamente por regresar al agua. Un cerdo, en cambio, disfruta revolcándose en el barro. El cristiano es como el pez: cuando cae en pecado, no encuentra descanso hasta que regresa a las aguas limpias de la gracia» (Studies in 1 John).

Pregunta de transición: Habiendo establecido la imposibilidad teológica de que un nacido de Dios viva en pecado habitual, ¿cómo resume Juan la distinción final entre los dos linajes espirituales?

E. LOS HIJOS DE DIOS Y LOS HIJOS DEL DIABLO: EL VEREDICTO FINAL (3:10)

1 Juan 3:10: «En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios.»

1. La manifestación de dos familias espirituales (3:10a)

El versículo 10 funciona como resumen y transición. La palabra φανερά («manifiesta», «evidente») indica que la distinción entre los hijos de Dios y los hijos del diablo es visible, no oculta. No necesitamos un conocimiento esotérico para discernir quién pertenece a quién; la práctica de la justicia o del pecado lo revela con claridad.

(a) Juan destruye aquí cualquier noción de una «paternidad universal de Dios» o una «hermandad universal del hombre». Solo los que han nacido de Dios son hijos de Dios. Los demás, no importa cuán religiosos o morales parezcan externamente, son hijos del diablo mientras no se arrepientan y crean en Cristo.

(b) El **Pastor Bautista** Sugel Michelén ha enseñado: «El Evangelio no es una mejora moral; es un trasplante de corazón. Dios no viene a reformar pecadores; viene a regenerarlos. Y el fruto de esa regeneración es una vida que se conforma progresivamente al estándar de su justicia.»

2. El doble criterio de la prueba: justicia y amor (3:10b)

Juan introduce aquí un segundo criterio que desarrollará extensamente en la sección siguiente de su carta: el amor fraternal. Los dos criterios — practicar la justicia y amar al hermano — son inseparables. Como observó Spurgeon: «Justicia sin amor produce fariseos; amor sin justicia produce cómplices del mal. Ambos deben ir juntos, como las dos alas de un ave.»

(a) Este versículo sirve como puente hacia la siguiente prueba del verdadero creyente. Juan pasará de la prueba moral (la práctica de la justicia) a la prueba social (el amor fraternal), mostrando que ambas son evidencias inseparables del nuevo nacimiento.

(b) William Carey, primer misionero bautista en la India, demostró con su vida que la justicia y el amor son inseparables. Su dedicación a traducir la Biblia, abolir la práctica del sati (la quema de viudas) y establecer escuelas reflejaba una vida donde la justicia de Dios se manifestaba en amor práctico hacia los más vulnerables.

Referencia cruzada: Miqueas 6:8: «Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios.»

Referencia cruzada: Mateo 7:16–20: «Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos... Así que, por sus frutos los conoceréis.»

APLICACIÓN PRÁCTICA: ¿CÓMO IMPACTA ESTO NUESTRA VIDA CRISTIANA HOY?

1. Autoexamen sincero. ¿Cuál es la dirección habitual de su vida? No se trata de si usted ha pecado alguna vez, sino de cuál es el patrón dominante: ¿se dirige hacia la justicia o se dirige hacia el pecado? ¿Cuándo cae, se queda en el barro o lucha por levantarse?

2. Consuelo para el creyente que lucha. Si usted odia su pecado, si le causa dolor, si desea desesperadamente ser libre de él, esto en sí mismo es evidencia de la simiente de Dios en usted. El inconverso no odia su pecado; lo disfruta o lo justifica. La lucha misma es señal de vida.

3. Advertencia solemne para el profesante sin fruto. Si usted se llama cristiano pero vive sin la menor preocupación por la justicia de Dios, si el pecado no le perturba y la santidad no le atrae, el texto de hoy es una alarma que debe escuchar: examine si está en la fe. No confíe en una decisión pasada; busque la evidencia presente del nuevo nacimiento.

4. El evangelio como fundamento. Nuestra justicia no es la base de nuestra salvación; es su fruto. Cristo cumplió la justicia perfecta en nuestro lugar, y su justicia nos es imputada por la fe. Pero esa misma fe que recibe la justicia imputada de Cristo produce una justicia impartida en la vida diaria del creyente.

Relación con la Prueba 11

La siguiente prueba del verdadero creyente, la **Prueba 11**, se basa en 1 Juan 3:14–18 y trata sobre el amor fraternal como evidencia del paso de la muerte a la vida. Juan ya ha anticipado este tema al final de 3:10, donde liga la práctica de la justicia con el amor al hermano. Así como la Prueba 10 nos muestra que la justicia práctica es la marca visible del nacimiento de Dios, la Prueba 11 nos mostrará que el amor sacrificial hacia los hermanos es la expresión suprema de esa justicia. No podemos separar la justicia del amor, como no podemos separar el calor de la luz del sol.

ORACIÓN DE CIERRE

Padre celestial, te damos gracias por tu Palabra que nos examina, nos corrige y nos consuela. Te damos gracias por tu Hijo Jesucristo, que fue manifestado para quitar nuestros pecados y deshacer las obras del diablo. Gracias porque tu simiente permanece en nosotros, haciéndonos incapaces de vivir cómodamente en el pecado. Te pedimos que el Espíritu Santo produzca en nosotros frutos abundantes de justicia que demuestren que hemos nacido verdaderamente de ti. Para aquellos que hoy descubren que han estado viviendo en engaño, concédeles verdadero arrepentimiento y fe salvadora. Para tus hijos que luchan

contra el pecado, dales la seguridad de que la lucha misma es evidencia de tu vida en ellos. Que toda la gloria sea tuya, ahora y siempre. En el nombre de Jesucristo. Amén.

PREGUNTAS PARA REFLEXIÓN GRUPAL

1. ¿Cuál es la diferencia entre «caer en pecado» y «practicar el pecado»? ¿Cómo nos ayuda el tiempo presente del verbo griego ποιεῖν a entender esta distinción?
2. ¿Qué significa que la «simiente de Dios» permanece en el creyente? ¿Cómo se manifiesta esto en la vida cotidiana?
3. ¿De qué maneras concretas pueden los falsos maestros engañarnos para que creamos que podemos ser justos sin practicar la justicia?
4. ¿Cómo equilibramos la enseñanza de Juan sobre la práctica de la justicia con la doctrina de la justificación por la fe sola?
5. ¿Hay algún área en su vida donde el Espíritu Santo le está convenciendo de pecado habitual que necesita ser confesado y abandonado?

LECTURA RECOMENDADA

Se recomienda la lectura de *The Pursuit of Holiness (En pos de la santidad)* de Jerry Bridges (NavPress, 1978). Este libro clásico aborda con profundidad bíblica y practicidad pastoral la tensión entre la gracia soberana de Dios y la responsabilidad del creyente en la búsqueda activa de la santidad. Bridges demuestra que la santidad no es un lujo espiritual sino una necesidad ineludible para todo cristiano genuino, y ofrece principios bíblicos concretos para la mortificación del pecado y el cultivo de la justicia práctica. También se recomienda complementar esta lectura con *Today's Gospel: Authentic or Synthetic? (El Evangelio de hoy: ¿auténtico o sintético?)* del **Pastor Bautista reformado** Walter Chantry (Banner of Truth, 1970), que expone las peligrosas consecuencias de un evangelio que divorcia la fe del arrepentimiento y la justicia práctica.

TEXTOS DE APOYO

Romanos 6:1-2, 11-14: «¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?... Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.»

2 Corintios 5:17: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.»

Gálatas 5:22-24: «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos.»

Tito 2:11-14: «Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.»

BIBLIOGRAFÍA

Biblia Reina-Valera 1960. Sociedades Bíblicas Unidas.

Boyce, J. P. (1887). Abstract of systematic theology. Chas. T. Dearing, Louisville.

Bridges, J. (1978). The pursuit of holiness. NavPress, Colorado Springs.

Bunyan, J. (1666/2018). Grace abounding to the chief of sinners. Banner of Truth, Edinburgh.

Bunyan, J. (1678/2020). El progreso del peregrino. Editorial CLIE, Barcelona.

Chantry, W. (1970). Today's gospel: Authentic or synthetic? Banner of Truth, Edinburgh.

Dagg, J. L. (1857). Manual of theology. The Southern Baptist Publication Society, Charleston.

Fuller, A. (1785/2019). El evangelio para todos los hombres (The gospel worthy of all acceptance). Editorial CLIE, Barcelona.

Gill, J. (1746–1763). Exposition of the entire Bible. Mathews and Leigh, London.

Lloyd-Jones, D. M. (1971). Studies in 1 John. Crossway, Wheaton.

Robertson, A. T. (1933). Word pictures in the New Testament (Vol. 6). Broadman Press, Nashville.

Segunda Confesión Bautista de Londres de 1689. Chapel Library.

Spurgeon, C. H. (1855–1917). The Metropolitan Tabernacle Pulpit (63 Vols.). Passmore & Alabaster, London.

Stott, J. R. W. (1988). The letters of John (Tyndale New Testament Commentary). InterVarsity Press, Leicester.

Soli Deo Gloria